

ble, sencillamente portentoso, que en tan escaso tiempo como el que ha trascurrido desde la Gran guerra, vuestra solicitud haya curado las llagas de la tierra y la haya puesto en condiciones de abrir los tesoros de su fecundidad. ¿Es aquí donde se libraron las batallas del Ysonzo durante dos largos años de empellones sangrientos y tremendos? ¿Es aquí donde se profanó el suelo con la construcción de trincheras y alambradas, loberas y rastrillos; donde la dinamita y los gases deletéres emponzoñaron el aire; donde talas, adarves y blocaos cerraban las trochas y vertientes y los alambres de púas se enroscaban a troncos y malezas, en asechanza mortífera, haciendo de cada recodo un disparadero y de cada espesura un revellín?

Y nos responden: Sí por aquí pasó la ola devastadora cuando roto por siete puntos el frente en la duodécima batalla del Ysonzo, se impuso la retirada al siniestro y sordo tableteo de los cañones; pero nunca perdimos nuestra fe; y porque la pudimos conservar, nuestros pueblos y aldeas se reconstruyeron rápidamente, limpios y alegres, y nuestras escuelas y fábricas volvieron a funcionar. Vosotros, los españoles, no habeis padecido la guerra y además sois más ricos; teneis carbones y metales y otros bienes, además del de la tierra.

